

LO QUE VES, ESCRÍBELO

Del libro para miembros del Opus Dei: CUADERNOS 5: LA MISIÓN APOSTÓLICA

LO QUE VES, ESCRIBELO

Hay unas palabras de San Pablo que hoy suenan más llenas de promesas que nunca: *todo aquél que invocare el nombre del Señor será salvo*¹. Y por eso mismo, los interrogantes que el Apóstol escribió a continuación, entrañan una particular responsabilidad para los cristianos: *mas, ¿cómo le han de invocar, si no creen en El? ¿O cómo creerán en El, si de El nada han oído hablar? ¿Y cómo oirán hablar de El, si no se les predica?*². La especial fecundidad que hoy encierra aquella promesa proviene de que el Señor nos llama a considerar la enorme difusión que su doctrina puede alcanzar a través de la palabra impresa. Y así, cuando oímos decir que *la fe proviene del oír, y el oír depende de la predicación de la palabra de Cristo*³, nuestro celo apostólico se fija en todos los medios que hay al servicio de la difusión de las ideas.

Quizá, proporcionalmente, nos encontramos en análoga situación a la de los Apóstoles cuando recibieron este mandamiento del Señor: *id por todo el mundo; predicad el Evangelio a todas las criaturas*⁴. Todo el mundo —inmenso y difícil— se abre ante nosotros, y el trato personal —indispensable: pieza clave de nuestro apostolado— no es suficiente. El Señor nos sigue señalando grandes extensiones del orbe donde —por

(1) Rom. X, 13.

(2) Rom. X, 14.

(3) Rom. X, 17.

(4) Marc. XVI, 15.

ahora, al menos— no podemos trabajar personalmente, y masas enormes de gente —muy cerca de nosotros, en los lugares donde trabajamos—, a donde la palabra salvadora de Jesucristo no llega o llega falseada. Y el Señor insiste, acucia: *clama a voz en grito, sin cesar; alza tu voz como trompeta*⁵. Hemos de multiplicar nuestra palabra, aumentar su resonancia, clamar de modo que seámos oídos en todas partes.

Apostolado de la opinión pública

Difundir la doctrina del Señor y refutar los errores que se le oponen, en y desde todos los lugares, desde toda profesión y condición intelectual, desde toda situación política y social: ésta es buena parte de la misión del cristiano, y especialmente de nuestra misión apostólica, que se realiza en el mundo y tomando ocasión del mundo. *Entre los deberes que nos unen con Dios y con la Iglesia se ha de contar, entre los principales, el que cada uno, por todos los medios, procure defender las verdades cristianas y refutar los errores*⁶.

En ese gran clamor cristiano que hoy se debe levantar, aprovechando los medios que la técnica nos brinda —órganos de la opinión pública—, todos tenemos un puesto. Que nadie se conforme con las posibilidades personales que le ofrece el medio ambiente que frecuenta. Hay que hacerse oír más allá. Hay que difundir ilimitadamente la doctrina que hemos recibido, y que es para todos prenda de salvación. De los que se lanzan a esta misión —los que por escrito, especialmente en diarios, combaten en defensa de la religión— afirmó León XIII: *nos son muy bien conocidos sus ideales y su entusiasmo por conseguirlos, y no podemos menos de tributarles justas alabanzas*⁷.

Además del apostolado personal que ejercemos siempre y en todo lugar, hemos de acudir —urgentemente— a las grandes multitudes aynas de doctrina. *No puedes vivir de espaldas a la muchedumbre: es*

(5) *Isai.* LVIII, 1.

(6) León XIII, Litt. enc. *Sapientiae christianae*, 10-I-1890.

(7) León XIII, Litt. enc. *Cum multa*, 8-XII-1882.

menester que tengas ansias de hacerla feliz ⁸. Por eso nos ha de conmover hondamente verlas con tanta frecuencia convertidas en juguete del error o de la malicia de unos pocos. *Observad qué grandes estragos produce en las almas la sola ignorancia de las cosas divinas (...). Con preferencia a toda otra obra, y con todo el empeño, afán y constancia que os sean posibles, cuidad esmeradamente de que el conocimiento de la doctrina cristiana penetre por completo en la mente y en el corazón de todos* ⁹. Para los que comercian con esas innumerables almas, suena una terrible amenaza divina: *¡ay de aquéllos que decretan leyes inicuas y de quienes multiplican sus escritos escribiendo vejación, para apartar del juicio a los débiles!* ¹⁰.

A ese mal hay que oponer una acción positiva. Los Pontífices, especialmente en lo que va de siglo, no se han cansado de repetir la urgente necesidad de que haya mucha y muy buena prensa, y de que se trabaje intensamente en ese campo, *singularmente en las revistas y periódicos, que son tanto más eficaces cuanto mayor difusión alcanzan. Por buena prensa entendemos —decía Pío XI— aquella que no solamente no contiene nada que sea contrario a los principios de la fe y a las reglas de la moral, sino que propaga, proclama e ilustra tales principios y reglas. No hay para qué demostrar cuál y cuánta sea la eficacia educativa de semejante prensa, porque bien probado queda por la experiencia de cada día; como se demuestra, por otra parte, el inmenso mal que va sembrando —especialmente entre la juventud— la mala prensa, frecuentemente más difundida que la prensa buena, verificándose en esto la palabra de Cristo: “los hijos de este siglo son en sus negocios más sagaces que los hijos de la luz”* ¹¹. Por tanto es necesario a todo trance oponer a la prensa mala la prensa buena, aplicando también aquí el antiguo principio: *“contraria contrariis curantur”* ¹².

Aparte de los que se dedican a la prensa como profesión, es necesario que quien pueda —y pueden muchos— escriba aprovechando las oportunidades, sobre la base de su profesión y de sus conocimientos,

(8) *Camino*, n. 32.

(9) San Pío X, Litt. enc. *Acerbo nimis*, 15-IV-1905.

(10) *Isai.* X, 1-2.

(11) *Luc.* XVI, 8.

(12) Pío XI, Epist. *Ex officiosis litteris*, 10-XI-1933.

Lo que ves, escríbelo

dando a sus compañeros de trabajo y a los hombres de su condición, y a todos en general, un enfoque positivamente cristiano de un determinado problema o suceso; del mismo modo que todo hombre con criterio está ordinariamente en condiciones de comentar cristianamente entre sus amigos y conocidos lo que ocurre en torno suyo. Se trata, pues, de hacer lo mismo, pero por escrito.

Cuando San Juan Evangelista estaba en la isla de Patmos, recibió del Señor la visión del Apocalipsis, y, juntamente, el mandato de escribirla. *Un día de domingo fui arrebatado en espíritu y oí detrás de mí una grande voz como de trompeta, que decía: lo que ves, escríbelo en un libro y remítelo a las siete Iglesias de Asia* ¹³. También Moisés había recibido explícitamente este mandato. *Dijo Yavé a Moisés: escribe esto para recuerdo en un libro* ¹⁴.

Para la difusión y para la permanencia de la doctrina del Señor entre los hombres, hemos de usar la palabra escrita, porque el libro —o la revista o el periódico— tiene, una vez impreso, una vida autónoma; es como un apóstol más. Corre de mano en mano, sus ideas se comentan, se asimilan, se usan... Es difícil calcular a dónde llegará su difusión. Se multiplica la acción del apóstol. Tenemos una experiencia inmediata, por ejemplo, en la inmensa eficacia apostólica —y aun proselitista— de *Camino* y otros escritos de nuestro Padre. Las ideas que la fe y el amor nos van sugiriendo para nuestro trabajo profesional adquieren, mediante la letra impresa, el poder de romper las limitaciones del aquí y del ahora.

Buscar la ocasión

Los miembros de la Obra han de sentir con responsabilidad personal la importancia de esta tarea. En un antiguo documento interno, escribió nuestro Padre que convendría poner los medios, algo así como ***una academia de oratoria y una clase de redacción, a fin de evi-***

(13) *Apoc.* I, 10-11.

(14) *Exod.* XVII, 14.

tar —es frecuente— que hombres de talento extraordinario no sepan escribir, al menos con cierta corrección de lenguaje, o hablar en público ¹⁵. Late en esas palabras el deseo de que todos estuviéramos en condiciones de ayudar —desde cualquier lugar y profesión— en el apostolado de la opinión pública.

A este interés de nuestro Padre ha de corresponder, por parte de cada uno de nosotros, una acción concreta y práctica, de acuerdo con las indicaciones de los Directores y según nuestra personal iniciativa.

Para tomar parte directa y eficaz en el apostolado de la opinión pública, se ha de comenzar por adquirir la preparación mínima; por ejemplo, presupuesta la oportuna formación doctrinal, hemos de esforzarnos por manejar con soltura la palabra escrita. Escribir con corrección y gusto es un arte y una técnica, al alcance de muchos; pero requiere estudio, preparación, aprendizaje, práctica, conocimiento de reglas, manejo de las obras maestras de la literatura... Sólo así se llega a usar la palabra con destreza. Es indispensable conocer bien la ortografía, la morfología y la sintaxis del propio idioma —por lo menos—, procurar tener estilo y buen gusto. Todo eso es, además, una parte del *don de lenguas* ¹⁶. Y —sin ser una empresa ardua, reservada a unos pocos— esa preparación no se improvisa ni puede darse nunca por supuesta: requiere esfuerzo continuado, ordenado y dirigido.

Después de la preparación viene el ejercicio. No es raro entre personas de gran rectitud de conciencia, una especie de falsa humildad, que les lleva a no considerarse nunca suficientemente preparados para escribir lo que piensan, y quedan pasivos, perezosos, dando ocasión quizá a que *los enemigos de Dios, vacío de ideas el cerebro, se den tono de sabios y escalen puestos que nunca debieran escalar* ¹⁷. Con increíble arrogancia, son los enemigos de Cristo los que llenan el mundo con su palabra, ante la pasividad y negligencia de muchos cristianos.

Es preciso decidirse a escribir, a escribir mucho. Tenemos un inmenso caudal de doctrina que es necesario distribuir a manos llenas. Hace falta publicar, lanzarse con decisión a llenar de luz y de sal el mundo de la letra impresa. Muchas publicaciones están esperando —y necesi-

(15) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-1-1935.

(16) De nuestro Padre.

(17) De nuestro Padre.

tando— esa colaboración personal de cada uno de nosotros. Hay que poner aliento cristiano en todas partes: hasta un panfleto puede ser un buen cauce de apostolado. *Escribe, pues, las cosas que has visto* ¹⁸, hizo decir el Señor a San Juan. *Y oí una voz del cielo que me decía: escribe* ¹⁹. A lo largo de todo el Apocalipsis se va repitiendo esta palabra, que es como un mandato también para nosotros: escribe.

Por otra parte, y como una consecuencia más de esta urgente tarea, todos hemos de prestar particular atención al apostolado personal y al proselitismo con profesionales de la prensa, del cine, de la radio, de la televisión. Conocerles, tratarlos poniendo la base de una fuerte y sincera amistad, darles la doctrina del Señor, ofrecer a Dios por ellos mucha oración y mortificación, para ganarlos a la causa del apostolado de la opinión pública, y quizá para que prenda en ellos la llama de la vocación a la Obra.

Llenaremos el mundo de papel impreso ²⁰, ha dicho nuestro Padre. Y así conseguiremos plenamente el fin del apostolado de la opinión pública: difundir la doctrina de Cristo, refutar los errores, dar a conocer a los católicos de todo el mundo la actuación de sus hermanos en la fe, procurando llevar a todos nuestra vibración y nuestro espíritu —que es el espíritu del Evangelio—, esforzándonos en que resplandezca la verdad en todo momento y ocasión, y desde todos los ángulos de la sociedad. Este es el clamor cristiano que el mundo necesita.

A Santa Catalina de Siena quiso nuestro Padre encomendar de modo especial este apostolado de la opinión pública, que tantos frutos ha dado y dará en servicio de la Iglesia. *Siempre he tenido devoción a Santa Catalina*, decía en una ocasión: *por su amor a la Iglesia y al Papa, y por la valentía que demostró al hablar con claridad siempre que fue necesario, movida precisamente por ese mismo amor* ²¹.

Que el amor a la Iglesia nos mueva a todos, con la ayuda de Santa María, a tomar parte activa en este grande y fecundo apostolado de la opinión pública.

(18) Apoc. I, 19.

(19) Apoc. XIV, 13.

(20) De nuestro Padre.

(21) De nuestro Padre, Tertulia, 30-IV-1964, en Crónica V-64, p. 61.